

pueril, en la que los actores mas distinguidos eran personajes que no duraban mas que un instante; aquella mansion tan famosa por sus delicias no le ofrecia mas que serpientes escondidas debaxo de las flores, sobre las que no se podia caminar mucho tiempo, aunque se observase el mayor cuidado, sin recibir alguna vez una mortal mordedura; la novedad de su designio, en un siglo en que todavia eran muy raros estos exemplos en el Occidente, no pudo detener ni un instante la impresion del espiritu que le llamaba al desierto; porque á una alma, á quien el mismo Dios manifiesta el camino, la importa poco el que éste parezca singular á los hombres. ¿Qué necesidad hay de exemplares quando la misma gracia es quien nos guia?

Llevó, pues, el espiritu de Dios al desierto á San Benito. Como el retiro que se habia escogido nuestro Santo en las cercanías de Roma no le ocultaba bastantemente del mundo, escogió otro mas austero; temió hallar en la concurrencia de las personas que de todas partes llevaba la fama de su santidad al desierto los mismos escollos de que habia querido huir quando se retiró del mundo; miró á aquellos primeros aplausos como á un mundo mucho mas peligroso que el que acababa de renunciar; temió que se debilitasen en él los dones de Dios con las humanas complacencias, y queriendo huir del mundo para vivir desconocido, y no para ser visitado, tuvo miedo aun á la utilidad que podian sacar los hombres de sus exemplos; algunos de sus discipulos, sabidores de su intento, procuraron disuadirle de él, ó se determinaron á seguirle en su nueva soledad; pero fue en vano, porque se ocultó de aquel nuevo pueblo que habia llevado tras de sí al desierto; se retira solo como Moysés al monte para morir allí al mundo y á sí mismo, y para ocultar en él á los hombres su sepulcro; y allí en lo mas retirado de una cueva, escondido de la vista de todo el universo, y conocido solamente de Dios, disfruta á su sa-

tis-

tisfaccion aquellos inefables consuelos, que nunca dexa de derramar abundantemente la gracia sobre una alma que se ha despojado de todo, y de sí misma, por entregarse á Jesu-Christo.

No quiero decir, Catholicos, que los claustros y los desiertos hayan de ser la vocacion general de todos los hombres: El mismo Jesu-Christo que mandó á aquel Joven del Evangelio que lo renunciase todo, y le siguiese, mandó tambien á otro que volviese á la casa de su padre, y publicáse en ella las maravillas que en él habia obrado el Señor. Pero háblo con vosotros, amados oyentes míos, con vosotros para quienes los peligros casi siempre son ruina inevitable; con vosotros, que no obstante vuestros buenos deseos, siémpre experimentais en las mismas ocasiones las mismas flaquezas; con vosotros, á quienes una interior complacencia hace que cedais facilmente á las persuasiones y á los malos exemplos; con vosotros finalmente, que no podeis prometeros ser fieles mientras vivais expuestos; y digo que Dios ha gravado en la misma flaqueza de vuestras inclinaciones el decreto que os separa del mundo; que el exemplo de aquellas almas fieles, que aun en medio del mundo conservan la inocencia y la piedad, no debe aseguraros ni servir de modelo; que en él siempre se desvanecerán vuestras mas santas resoluciones; que vuestros deseos de virtud no podrán resistir en la primera ocasion que se os presente; que vuestra vida no será mas que una continua sucesion de caídas y arrepentimientos; y que solamente os distinguireis de las almas obstinadas, en que perecereis con algunos mas remordimientos que ellas.

No es mi intento persuadiros, como ya he dicho otra vez, que el mundo no pueda servir de desierto para una alma christiana: Judith en medio de Betulia vivia retirada en su casa, y ni la distincion de que gozaba en su pueblo, ni su juventud, ni su hermosura, ni sus riquezas la persuadieron jamás á que los placeres y costum-

bres de un mundo corrompido podian servir de ley, ó de disculpa á una hija de Abrahám: Pero para seguir su exemplo es necesario tener el valor y la fortaleza de su virtud; es necesario que aun los mismos exemplos de los desordenes que continuamente se nos presentan aviven nuestra fé, y nos sirvan de nuevo motivo para perseverar en la virtud; es necesario que las inclinaciones que tenemos á los deleytes sean menos violentas, que aquellos flacos deseos que nos inclinan á la justicia; es necesario que la experiencia de nuestra fidelidad en medio de los peligros, nos sirva de fiadora para los que aun tenemos que temer; es necesario que nuestras resoluciones hayan quedado siempre victoriosas en las ocasiones, y que los nuevos engaños que no cesa de presentarnos el mundo, sean para nosotros nuevos motivos de merito; si en vosotros se hallan todas estas circunstancias, os sucedera lo que á los tres Niños en el horno de Babilonia, esto es, que no os ofenderán los peligros del mundo, ni las mismas llamas que os cercan; y el mundo tendrá, respecto de vosotros, la seguridad y utilidades de la mas austera soledad: Nuestras inclinaciones, y no las circunstancias en que nos hallamos, son las que deciden de nuestros peligros; y el exemplo de los que se salvan en el mundo en tanto nos favorece, en quanto podemos vivir ciertos de que usamos de las mismas precauciones con que ellos se aseguraron la salvacion.

Estos son los tres errores acerca de los quales nos desengaña y condena la fé de San Benito. Pasemos mas adelante, y hagamos ver, que si las luces de su fé confunden nuestros errores, las acciones prodigiosas, y las felicidades, con que Dios recompensó su fé, no condenan menos nuestra flaqueza, y nuestras vanas excusas.

SEGUNDA PARTE.

Quando Dios convida á los pecadores, en la parabola del Padre de familias, á que lleguen á gustar los santos consuelos que dispone en la tierra para los que le sirven, figurados en aquel gran festin, todos alegan alguna excusa para no obedecer á la voz del cielo que los llama; y en vez de solicitar, é instar ellos mismos, como dice San Gregorio, para alcanzar aquel precioso don, discurren pretextos para no recibirle quando se le presenta el Padre de familias.

El primero se excusa con que acaba de desposarse: *Uxorem duxi.* (a) Y este pretexto, dicen los Santos, es un pretexto de sensualidad: Otro con que queria probar unos bueyes que habia comprado: *Juga boum emi.* Y esta es una excusa de falsa prudencia, que nunca la parece haber tomado suficientemente todas las medidas, y que á fuerza de probarlo todo antes de emprender nada, nunca llega el caso de que ponga en execucion sus pensamientos: *Eo probare illa.* Finalmente, el ultimo se vale del pretexto de una casa de campo que habia comprado: *Villam emi.* Y esta excusa, dice San Gregorio, es una excusa de interés y apego á los bienes de la tierra, que mira el partido de la virtud como opuesto á la fortuna y á las pretensiones temporales, como si la salvacion del alma no importára mas que todos los negocios del mundo: Pero la fé de nuestro Santo ha de confundir al mundo acerca de estas tres vanas excusas.

Oculto en lo mas retirado de una cueva, olvidado de los hombres, y conocido solamente de Dios, pone todo su deleyte en crucificar su carne, y reducirla á la servidumbre: alli no tiene mas consuelo que el poder padecer

por

(a) *Luc. 24. v. 18. & seq.*

por su amado; allí pasando las noches, como los Antonios, é Hilariones, ó en cantar las divinas alabanzas, ó en meditar los años eternos, se queja de la aurora que vuelve con demasiada prontitud á turbar su silencio y la suavidad de sus castas delicias; allí su cuerpo árido; y extenuado con las mortificaciones y penitencias solamente parece que se mantiene con la grandeza de su fé; y presto se hubiera consumado su sacrificio, si el Señor que cuidaba de dilatar sus dias, que tan utiles y gloriosos habian de ser para la Iglesia, no hubiera manifestado á un Santo solitario, como en otro tiempo al Profeta Abacuch, el lugar profundo en que se ocultaba aquel nuevo Varon de deseos, y la extrema necesidad á que se veía reducido, y si no se hubiera valido de su ministerio para socorrer á su siervo en aquella urgente necesidad.

Constituído Padre de un pueblo solitario, renueva en Occidente aquellos prodigios de austeridad que habian admirado en otro tiempo los desiertos de Scithia, y de Thebaida; y la divina regla que dexó á sus Discipulos, la que han tenido despues todos los siglos por admirable modelo de prudencia, y de gobierno, fue, como dice San Gregorio, la historia mas exácta de las costumbres del Santo Legislador. Quiero pasar en silencio aquellos rigurosos y casi nunca interrumpidos ayunos, aquel continuo silencio, aquel trabajo de manos tan penoso y tan recomendado, aquel retiro tan profundo y perpetuo, las noches que parece ha destinado la naturaleza para descanso del cuerpo, empleadas en castigarle con las vigili-
as, y oraciones, aquella universal mortificacion de todos los sentidos, y una vida que pareceria impracticable á la humana flaqueza, por el exceso de sus austeridades, si no la vieramos renovada en nuestros dias en un santo desierto: No quiero decir mas por pasar á la instruccion.

Quando se nos proponen, Catholicos, estos grandes modelos, decia San Juan Chrysostomo, hablando de los solitarios de su tiempo, los admiramos:

Pon-

Ponderamos el poder que exerce la gracia en estos hombres extraordinarios; nos pasma el que en medio de la corrupcion y decadencia de nuestras costumbres suscite todavia la bondad de Dios estos grandes exemplos á su Iglesia; pero no pasamos mas adelante, con pretexto de que este camino es el de todos los fieles, nada vemos en él que nos mueva á seguirle, y como no nos persuadimos á que estos modelos de penitencia se nos proponen para que los imitemos, no nos parece que se ordenan á nuestra instruccion.

Pero permitidme, Catholicos, que os pregunte; primeramente, ¿quál podrá ser el fin de Dios en suscitar en todos los siglos, y en todos los paises, unos penitentes famosos que edifican su Iglesia, y cuya historia aun hoy hace tanto honor á la religion? ¿No es para que conozcamos que nuestra flaqueza, ayudada de la gracia, aun es capaz de hacer lo mismo? ¿Que el Evangelio observado aun segun todo el rigor de sus consejos, nada pide de imposible? ¿Y que si vemos unos hombres llenos de fé, que añaden á la severidad de los preceptos unos rigores de supererogacion, quedaremos nosotros confundidos, por haber hallado tantos inconvenientes en la práctica de sus mas regulares mortificaciones?

Tambien quiero preguntaros, ¿en qué consiste que estos grandes exemplos de penitencia que nos han dexado los Santos, nos parezcan tan distantes de nuestras obligaciones y de nuestro estado? ¿Es acaso porque vivieron en unos siglos muy remotos del nuestro? Pero además de que el Señor todavia suscita en nuestros dias algunos de estos Varones, las obligaciones no se mudan con las edades, y en las reglas de la fé nada se muda, sino las costumbres de los fieles: ¿Es acaso porque los Santos han sido unos hombres extraordinarios, y porque sus acciones son unos prodigios mas para admirados, que para seguidos? Pues el tener nosotros á los Santos por hombres extraordinarios consiste en haber llegado á ser tan universal la

cor-

corrupcion: En los primeros tiempos de la Iglesia los Santos se parecian al comun de los fieles, porque todos los fieles eran Santos; entre ellos no habia hombres extraordinarios y particulares sino los pecadores, como un Ananias, y una Saphira en la Iglesia de Jerusalén, y un incestuoso en la de Corinto. El camino de los Santos era entonces el camino comun de todos los fieles, y si ahora se ha hecho singular, es porque todos los fieles se han apartado de él. ¿Es acaso, finalmente, porque las mortificaciones y santas austeridades son solamente caracter particular de algunos Santos; y porque unos dones singulares no pueden formar una regla general? Pues leed la historia de todos los Siervos de Dios, y hallareis que aquellas santas austeridades de la penitencia han sido una virtud comun á todos. No todos han sido favorecidos con el don de milagros, el mismo Precursor no obró ninguno en Judéa; no todos derramaron su sangre por la verdad; el discipulo amado murió en paz, y entre sus discipulos en una edad muy abanzada: no todos han enriquecido la Iglesia con sus escritos: San Francisco de Asis no dexó á sus hijos mas que la sencillez de su fé y el resplandor de su exemplo: no todos renunciaron el sagrado vinculo del matrimonio: Abrahám mereció ser Padre de los creyentes, santificando los peligros de este estado: no todos se han ocultado en los desiertos: San Luis á la frente de sus exercitos, y entre los cuidados y peligros del Reyno fue un Principe segun el corazon de Dios; pero todos hicieron penitencia; todos crucificaron su carne y sus deseos; todos llevaron sobre su propio cuerpo la mortificacion de Jesu-Christo; todos, en quanto se lo ha permitido su estado, vivieron violentandose, privandose de lo que alhaga á los sentidos; negandose á sí mismos, y renunciando los placeres; y de quantos Santos tengais noticia, hallareis que todos han sido penitentes.

Nosotros, Catholicos, hacemos muy mal en fiarnos del exemplo comun; si los Santos le hubieran seguido,

do, no merecerian hoy nuestros respetos. El Evangelio se hizo para nosotros como para ellos; y en el Evangelio nada hay que se nos parezca, y por consiguiente, ni que deba asegurarnos. ¡Qué admirados quedaremos algun dia en la presencia de Jesu-Christo, quando se nos compáre con tantas ilustres victimas de la penitencia que han edificado á la Iglesia con el espectaculo de una vida áspera y mortificada, y que gozan ya en el cielo el fruto de sus trabaxos! quando se nos compáre con los Benitos, con los Hilariones, con los Antonios, con las Therasas! Qué sensuales, qué poco mortificados, y qué enemigos de la cruz de Jesu-Christo pareceremos comparados con estos grandes Santos! Se nos preguntará, que cómo aspiramos á las mismas recompensas de aquellas almas generosas; que cómo nos atrevemos á querer poseer la misma gloria que ellas han comprado tan cara, sin que nos cueste á nosotros mas que la presuncion de pretenderla? Estas son las instrucciones que nos dá la penitencia de San Benito, y este es el exemplo que confunde nuestra pereza; pero la firmeza de aquel hombre de Dios en medio de los obstaculos é infinitas contradicciones que se opusieron á su empresa, no confunde menos aquella falsa prudencia que no se atreve á seguir el camino del cielo, porque la parece que halla unas dificultades invencibles en el camino que Dios nos manifiesta; y que quiere pesarlo todo, examinarlo todo, y probarlo todo antes de rendirse: *Eo probare illa*: Segunda escusa, á la que en frase de San Gregorio he llamado escusa de falsa prudencia.

Parece que el Occidente no habia sido tierra de Profetas, por decirlo así, hasta el tiempo de San Benito: Estos Angeles del desierto no habian habitado hasta entonces sino en climas muy distantes del nuestro. El Señor se habia formado este nuevo pueblo en medio del Egipto, y en las Islas mas remotas, como habia sido profetizado. Es verdad que en los siglos anteriores al de San Benito se levantaron de tiempo en tiempo en las Gaulas algunas santas Con-

gre-

gregaciones de Monges, pero eran unas tropas esparcidas, que no vivian unidas baxo una misma ley, no las animaba un mismo espíritu, ni peleaban baxo una misma disciplina; por eso puede muy bien decirse que San Benito fue enviado de Dios para ser en Occidente, no solo restaurador, sino Patriarca de la vida cenobitica. Es verdad que habia recibido del cielo, como dice San Gregorio, todos los talentos propios para tan alta empresa, como la sal de la sabiduria, la discrecion de espíritus, el valor para las empresas, las luces que aseguran el buen éxito, y que los dones de la gracia excedian en él á los de la naturaleza: Pero qué empresa experimentó jamás mas contradicciones?

Encargado al principio del gobierno de un Monasterio vecino á su soledad, no halló entre los que se habian refugiado á él, sino unos hijos perversos y corrompidos, que baxo un hábito de virtud y penitencia ocultaban los desordenes de un corazon entregado á la iniquidad. En aquel santo asilo las leyes de los Ancianos solamente estaban gravadas sobre unas tablas de piedra: muy raros son los remedios que se hallan para las heridas del Santuario, y es una verdad indefectible, que las personas consagradas á Dios rara vez caen para volverse á levantar; y así S. Benito sacudió el polvo de sus pies, y se salió de un lugar en el que el espíritu de discordia, de falta de mortificación, de murmuracion, é independenciam, habia ocupado el lugar del espíritu de Jesu-Christo. Establecido en un nuevo desierto, veía ya crecer, con unos discipulos mas fervorosos, las esperanzas de sus cuidados, quando se presentó otro Balaam á poner lazos al pudor é inocencia de aquellos piadosos solitarios; otra vez se vé precisado nuestro Santo á ceder; y del mismo modo que los Patriarcas quando la envidia ó perversidad de sus vecinos los obligaba á mudar domicilio, vá á la frente de su inocente familia á habitar en una nueva tierra. El Monte Casino, aquella montaña que despues ha sido tan famosa, Carmelo del Occidente, y mansion de los Profetas, era entonces retiro de

los Demonios, y un infame desierto consagrado á la mas abominable idolatría; no se veía allí otra cosa mas que pueblos salvages, que vivian sin ley y sin policia, cuyo culto se reducía unicamente á adorar unas monstruosas divinidades, mas horribles aún que aquel horroroso desierto; habiendo llegado allí el hombre de Dios, se dedicó desde luego á levantar un Altar al Dios vivo en aquella tierra infiel; es el primero que allí invoca el nombre del Señor; y no obstante los peligros y contradicciones que la barbaridad y superstición de aquellos hombres rusticos y salvages opusieron á su zelo, trastorna sus idolos, los que ya eran respetables por la larga posesion en que se hallaban; anuncia el Dios del cielo á los que nunca habian oido hablar de él, y en aquel Santo Monte, como en otro Siná, dá la ley celestial á sus discipulos; allí á su vista, y baxo la direccion de su prudencia y disciplina, se formaron los Mauros, y los Placidos; allí siendo Padre de un grande pueblo de Santos Solitarios, llenó á todo el Occidente con la fama de su nombre y santidad; allí finalmente, como otro Elías, anunció con valor á los Reyes barbaros las ordenes del Señor, y dexó Profetas sucesores suyos que le siguiesen. (a)

Pero, Católicos, mas importa el instruiros que el hacer elogios; la gran fé de San Benito, que le fortaleció contra todas las dificultades que oponia el Demonio á su empresa, condena nuestra falta de animo en los obstáculos que hallamos, ó que nos formamos nosotros mismos en los ejercicios de conversion y penitencia que Dios nos pide. Quanto mas parece que se opone el mundo á la santa resolucion que hemos tomado de abandonarle, y de pensar en la salvacion, con mas fundamento debemos creer que esta resolucion viene del cielo, y que el mismo Dios que nos llama sa-

brá

(a) Eccl. 48. v. 8.
Tomo VII.

brá mantenernos en ella ; si no fuera sincera , y si fuera solamente efecto de una natural inconstancia , ó de algun disgusto humano , el mundo y el infierno mirarian nuestros proyectos y nuestros nuevos deseos de penitencia con tranquilidad ; unas resoluciones que inmediatamente se hubieran de desvanecer por sí mismas , no hallarian oposicion alguna ; y conociendo el Demonio que el principio de estos deseos , y de estas infructuosas inquietudes de penitencia , consistia mas en la imaginacion , que en el corazón ; que la voluntad no estaba mudada , y que nacian mas de los disgustos de la culpa , que de verdaderos deseos de virtud ; el Demonio , vuelvo á decir , no cuidaria de desvanecer y entibiar estos nuevos proyectos ; suscitandolos contradicciones , esperaria á que ellos por sí mismos se apagasen y desvaneciesen en humo , como otros muchos que los han precedido ; pero quando vé que insta la gracia , que el horror á las culpas pasadas , el que hasta entonces habia estado como dormido , despierta de veras ; que los placeres y esperanzas del mundo , tan amadas hasta entonces , ya no nos mueven , ni nos ofrecen mas que disgustos y amarguras ; que las pasiones mas violentas se mudan y apagan ; en una palabra , que todo anuncia una verdadera mudanza ; ¡ Ah ! entonces es quando el Demonio se vale de todas las criaturas que parece ha entregado el Señor á su poder ; entonces descomponen el orden exterior de la sociedad , suscita todas las contradicciones , y trastorna todo el universo para desanimar á una alma arrepentida ; y asi los mismos obstáculos y las mismas dificultades deben sostener y animar al alma para que persevere en la resolucion que ha tomado de mudar de vida y servir á Dios ; si en todo hallára tranquilidad , esta grande calma la debiera hacer tener en su conversion , pues se mostraban tan favorables el mundo y el infierno ; las contradicciones han sido siempre la señal mas indefectible de las obras de Dios , y la gracia no inspira deseo alguno que no halle
obs-

obstáculo en el mundo , ó en nuestro corazón ; pero estos mismos obstáculos son entonces nuevos auxilios que nos dispone el cielo ; en vez de acobardarnos , hacen que el corazón se abra y desee con mas ansia el objeto que se le disputa ; avivan el amor en vez de debilitarle ; esta es la condicion del corazón humano , el medio de avivar las resoluciones y los afectos quando son sinceros , es oponerlos dificultades y obstáculos ; por eso quando cesaron las contradicciones y persecuciones de la Iglesia , parece que cesó tambien el fervor de su zelo ; luego que faltaron los Tiranos , empezaron tambien á ser mas raros los Santos ; la fé luego que empezó á tener mas tranquilidad y sosiego , empezó tambien á entibiarse , y cesando los obstaculos é inquietudes que la habian agitado , se durmió en el mismo seno del sosiego y de la tranquilidad. Segunda instruccion sacada de las dificultades y contradicciones que la fé hizo vencer á San Benito en su empresa.

Finalmente : la fama y reputacion que le acompañaron condena la tercera excusa , que es temer el partido de la virtud como escollo de la reputacion y de la fortuna.

Bien sabeis , Católicos , que San Benito desde el Monte Casino era el oráculo de toda la tierra : los mas remotos paises oyeron contar las maravillas del Siervo de Dios , y fueron á oír de su boca las palabras de vida eterna ; era aquella lampara encendida sobre el monte , que esparcía un vivo resplandor sobre toda la Iglesia ; el célebre instituto , cuyos primeros fundamentos puso , semejante á un grano de mostaza , creció muy presto hasta formarse un grande arbol que cubrió todo el campo de Jesu-Christo , que le sirvió de adorno , y aun de asilo á los paxaros del cielo , quiero decir , á los mayores hombres que entonces se vieron en la Iglesia. Bien sabeis que los mas distinguidos personajes de su siglo , los mismos Principes y Princesas fueron allí á humillar sus sagradas ca-

bezas baxo el yugo de Jesu-Christo; que los hijos de Benito gobernaron por mucho tiempo toda la Iglesia; que de aquellas soledades salieron los mas Santos Pontifices, y los Obispos mas célebres en piedad y doctrina; que como Jacob, fue Padre de los Patriarcas; que en aquella loso asilo se libertaron la ciencia y la verdad, de la ignorancia y barbarie de aquellos desgraciados siglos, en que la irrupcion y mezcla de tantos pueblos feroces habian destruido en el Occidente el gusto de las letras, y alterado tanto la pureza de la fé; y que como Noé, á quien le comparé en el principio, depositó en aquella Arca misteriosa que habia fabricado, las alianzas del siglo, para que no pereciesen absolutamente en la tierra, y para que no quedase sepultada en un eterno olvido la memoria de los antiguos siglos. *Testamenta sæculi posita sunt apud illum: ne deleat possit diluvio omnis caro.* (a) Vosotros, Catolicos, no ignorais ninguna de estas prodigiosas circunstancias; y el fin que tengo en tocarlas tan por encima es, como podeis conocer, no el enriquecerlas con elogios, sino el pasar á la instruccion á que me llama mi asunto.

Sí, Catolicos, la falsa prudencia, los inconvenientes de la fortuna y de la reputacion que nos parece ver en la vida Christiana, vencen casi siempre los mas vivos deseos de la gracia que nos está convidando á ella. No hablo aquí precisamente de aquellas almas que empiezan á abrir los ojos á la verdad, y quisieran declararse á su favor, pero no se atreven, porque les detiene el temor de las burlas y censuras humanas; este es un miedo pueril, que ya he impugnado muchas veces: hablo de aquellas que se han declarado ya por Jesu-Christo, y que hacen pública profesion de servirle, y digo que en la práctica de sus obligaciones sacrifican casi siempre á los respetos humanos las luces y movimientos de su propia conciencia.

(a) *Eccl. 44. v. 19.*

ciencia, y aunque esto no es en aquellos puntos esenciales que conducen á la pérdida visible y declarada de la gracia, es no obstante acerca de muchas cosas que Dios nos pide, acerca de muchos medios de salvacion que interiormente nos manifiesta la voz del cielo, y que conocemos nosotros mismos ser necesarios para nuestra flaqueza, para mantenernos en la virtud, y para adelantar en ella; que son necesarios respecto de los designios que Dios tiene para con nosotros, y finalmente respecto de nuestras inclinaciones, y para la expiacion de nuestras pasadas costumbres: el mundo nos detiene, la impresion que hará en los hombres nuestro nuevo método de vida nos inquieta, y hace temblar; el primer pensamiento que nos ocurre es lo que dirá de nosotros el mundo: de este modo, despues de haber abandonado al mundo, todavia queremos guardar con él ciertos respetos; despues de haber renunciado á todo quanto le agrada, todavia queremos agradarle; queremos que tenga parte en los intereses de nuestra virtud; y despues que acaso ha sido censor de nuestros placeres, queremos que apruebe tambien nuestra penitencia; y aunque no vivimos con él, todavia vivimos para él; es un idolo que hemos roto y pisado á vista de los hombres, pero todavia le estamos tributando respetos en nuestro interior; por poco que nos examinemos hallaremos que todas estas disposiciones existen en lo intimo de nuestro corazon; continuamente nos estamos diciendo en nuestro interior á nosotros mismos, para justificar nuestras infidelidades, que es imprudencia el exponerse á la censura de los hombres en las cosas indiferentes, y no consideramos que no puede ser indiferente para nosotros lo que nos pide la gracia; que el sacrificar los impulsos del Espiritu Santo á estos respetos humanos, es dar en nuestro corazon la preferencia al mundo respecto de Jesu-Christo, y que quanto mas leves son las acciones que nos inspira la gracia, menos excusa tiene el temor que nos las prohíbe.

Por-

Porque, Católicos, si nosotros miramos verdaderamente al mundo como á enemigo de Dios, ¿qué mayor bien nos puede suceder que desagradarle? Si estamos persuadidos á que sus juicios en orden á las cosas de Dios siempre son falsos, ¿por qué hemos de tener la flaqueza de respetarlos ó temerlos?

Quando Noé, á quien desde el principio comparé á nuestro Santo, edificaba el Arca, el mundo se burlaba de su empresa, como dice San Juan Chrysostomo, y miraba como locura las prudentes precauciones de aquel hombre fiel: Los demás hombres, dice la Escritura, se regocijaban, siempre estaban ocupados en bodas y festines, se entregaban á las mas pecaminosas sensualidades, toda la carne habia corrompido su camino, jamás fue la virtud mas rara ni mas abatida; solamente Noé se atrevió á distinguirse en aquella corrupcion universal; solo Noé viviendo separado, se ocupaba en edificar el Arca Santa que le habia de servir de asilo, y preservarle en el tiempo de la divina indignacion; se burlaban de la aparente extravagancia de su intento, de la singularidad de su conducta, y de la tristeza de sus costumbres; pero quando las aguas empezaron á inundar la tierra, quando se declaró la ira del Señor, y quando los hombres, sorprendidos en su ceguedad y en sus disoluciones, no hallaban mas remedio que unos inútiles gemidos, entonces Noé se burlaba tambien de su locura, ó por mejor decir, estaba penetrado de dolor y compasion al ver la pérdida de sus hermanos, y él solo gozó el fruto de su sabia Providencia. Y así, continúa el mismo San Juan Chrysostomo, quando estais ocupados en edificar dentro de vosotros el Arca Santa, esto es, en edificar en vuestras almas un templo al Dios eterno, oís las conversaciones de los sensuales, y sois el objeto de sus burlas y censuras, pero no interrumpais por eso vuestra santa obra; imitad la constancia y prudencia de Noé; dexad hablar á un mundo, que solo pien-

piensa en las cosas presentes, y que no atiende á la terrible eternidad. Quanto mas singulares y extraordinarios parezcáis al mundo, y quanto mas condene vuestra empresa, mas priesa debeis daros á perfeccionarla, y á fabricaros un asilo para los trabajos; los discursos de los hombres pasarán, y serán sepultados con ellos en la general destruccion que se acerca, y que los dispone la ira de Dios; pero la obra de la fé que habeis emprendido nunca pasará; el language del mundo perecerá con él, pero la obra de Dios siempre se mantendrá sobre los destrozos del mundo, os librárá de la condenacion general, y os colocará sobre las montañas eternas, en donde no habrá llantos, tristeza, ni dolor, y en donde libres de todos los peligros y tentaciones de la tierra, gozareis de la feliz inmortalidad. Amen.



S E R M O N

PARA EL DIA DE SAN JUAN

B A U T I S T A.

Hic venit in testimonium, ut testimonium perhiberet de lumine.

Vino para servir de testigo, y para dar testimonio á la luz. *Joann. I. v. 17.*

DIOS solamente suscita á sus Santos para condenar al mundo, y quitarle todos los motivos de excusa; y el mundo solamente parece que subsiste para abusar de los exemplos de los Santos, ó para condenarlos. Es preciso que se cumplan las Divinas Escrituras, que el mundo vea siempre exemplos que le confundan, y que siempre condene todo lo que no se parece á él.

Es inútil el que Dios, para precaver todas las vanas excusas de los pecadores, manifieste diferentes gracias en sus Santos, y proponga al mundo en la variedad de sus dones diversos modelos de virtud; pero por mas distintos que sean sus caminos todos se parecen en una cosa, que es en condenar al mundo, y ser condenados por el mismo mundo á quien ellos condenan.

Nunca hubo testimonio mas propio, Católicos, para atraer á los hombres á la verdad, que el de
San

San Juan Bautista, cuya memoria veneramos en este día, y cuya solemnidad es hoy mas célebre por la devoción de las augustas personas que la honran con su presencia: (a) Fue este Santo el mayor entre todos los hijos de los hombres; el Angel del desierto profetizado en Isaías, que habia de disponer los caminos al Señor; un hijo de milagro, santificado en el vientre de su madre; Precursor del Mesías, Profeta del Altísimo, terror de los Fariséos, censor de los Reyes, y prodigio de toda Judéa. ¿Qué podia oponer el mundo á un testimonio tan admirable y tan propio para conciliar al mundo con la verdad, si pudiera amar el mundo lo que le condena?

Con todo eso, el mundo despreció á San Juan Bautista: su doctrina no halló mas que contradicciones; su exemplo, censuras; su penitencia, burlas; su celo, persecuciones; y el delito de su muerte fue el unico fruto que sacó el mundo del resplandor y santidad de su vida.

Esta es la suerte del mundo y de la virtud: Hoy, pues, intento manifestar una verdad tan importante y tan util para los que me oyen. El mejor modo de alabar á los Santos no es precisamente exaltar sus virtudes, sino manifestar que con ellas hacen inexcusables nuestros vicios. A los ciudadanos del cielo corresponde cantar las alabanzas de la gracia, y las maravillas que Dios ha obrado en ellos; y á nosotros hallar en su vida instrucciones que confundan los desordenes de la nuestra: sería inútil celebrar la gloria de sus acciones, si al mismo tiempo las estamos condenando con nuestro exemplo: Imitemosles, pues entre todos los elogios que podemos tributarlos, este es el unico á que pueden mostrarse agradecidos: Y así me conten-

(a) Este Sermón se predicó en Saux, en presencia del Duque, y Duquesa de Main.
Tomo VII. E